

Escrito, escritura y formación.

CLAUDIA LUJAN

La formación de los analistas es y será un tema interminable en cuanto a su abordaje; interrogante siempre pujante y presente como cuestión que hace causa.

Hemos dicho que la escuela anuda el trípode propuesto por Freud para la formación de los analistas –análisis del analista, análisis de control y trabajo sobre los conceptos y la teoría-; lugar donde el encuentro con otros es terreno propicio para el avance en nuestra formación.

Hoy me interesa darle una vuelta más a este tema haciendo hincapié en la propuesta de esta nueva publicación de la efla, es decir: La función de lo escrito en Psicoanálisis.

¿Qué lugar a la escritura en nuestra formación? ¿Por qué necesitamos escribir? ¿Qué es lo que escribimos?

Para comenzar intentaré abordar brevemente algunas cuestiones propuestas por Lacan en el Seminario N° 20, “Aún” y en algunos pasajes de “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” para adentrarme en lo que entendemos por escrito en psicoanálisis.

Freud construyó su teoría psicoanalítica sin abandonar el recurso a pensar la función del escrito en la elaboración del concepto de inconsciente y su importancia fundamental en la constitución del síntoma.

Lacan hace lo mismo cuando orienta su enseñanza retomando el concepto de signo en el que incluye a la vez letra y significante habiendo desarrollado ya la idea del síntoma articulado a un proceso de escritura.

Si bien Freud postulaba la existencia de un escrito en las formaciones del inconsciente que el analista debía descifrar, escrito que remitía a un saber inconsciente que estaba allí a la espera de ser leído; para Lacan, al proponer el inconsciente estructurado como un lenguaje, que en medio de su decir produce su propio escrito, propone un

inconsciente que se produce como escritura en el recorrido de un análisis. No está allí de antemano sino que se produce y se lee en los tropiezos del lenguaje, en lo que no cierra, en lo que no anda. Para ello es necesario que el sujeto hable, despliegue su discurso.

Ahora bien, lo escrito, como efecto de discurso, está determinado por nuestra sujeción al lenguaje. Estamos determinados por el significante, y con ello sujetos a sus leyes. Es ahí, donde *no todo* puede ser dicho, en esa imposibilidad, que se produce el escrito. Lo que nos introduce en la dimensión de lo escrito es percatarnos de que el significado, en tanto tal, es efecto del significante, el significado tiene que ver con la lectura. Esa división entre significante y significado, separados por una barra, barra que simboliza la represión, es donde existe la posibilidad de que se produzca un escrito. Dicho de otro modo, lo escrito viene al lugar de la imposibilidad que introduce el significante, y que Lacan llamó “No hay relación sexual”. Lacan lo dirá de la siguiente manera: “Todo lo que está escrito parte del hecho de que será siempre imposible escribir como tal la relación sexual. A eso se debe que haya cierto efecto de discurso que se llama escritura.”¹ Se escribe porque hay algo que no puede ser dicho, que no cesa de no inscribirse.

Y hablar de esa imposibilidad nos lleva inmediatamente a pensar en lo real, como aquello sobre lo cual se sostiene esa imposibilidad. Real que hace límite a lo imaginario y a lo simbólico.

Freud habla de los tres imposibles, ubicando entre ellos el acto de analizar. Aquí nos adentramos a la pregunta de ¿por qué escribe un analista y qué escribe?

Sostener nuestra práctica analítica no es sin encontrarnos permanentemente con esa imposibilidad, y no es sin encontrarnos con la angustia. El encuentro con lo real siempre angustia.

Los analistas pasamos buen parte del tiempo sosteniendo un lugar imposible; tanto que Lacan se preguntaba cómo alguien, que había pasado por la experiencia de un análisis, podría desear ocupar el lugar de objeto a.

¹ Jacques lacan. Seminario “Aún” Ed. Paidós.

Sostener ese lugar es a condición de pagar. Dirá Lacan en “La dirección de la Cura...” que el analista debe pagar. El analista paga con su ser; con su persona y con su juicio más íntimo, -sostenido en su deseo de analista-; para poder llevar adelante su acto.

Es decir que hay un real en la clínica que es necesario darle borde, circunscribir el agujero para que no se torne vacío. Si el analista está despojado, cuando ejerce su función, de toda subjetividad, ¿dónde buscar la posibilidad de restituirse en tanto tal?

Entonces escribimos. Escribimos sobre la clínica intentando aprehender algo de lo que ocurre en ese encuentro con el analizante; escribimos sobre los interrogantes que la clínica va cavando; escribimos para formalizar y para teorizar. Escribimos.

Que no haya realidad prediscursiva implica que es en el discurso es donde se va recortando la letra, produciendo el escrito en el cual el analista se va a leer. Va a leer su tiempo de formación y con ello digo, fundamentalmente, el tiempo de su análisis.

Si decíamos anteriormente que en una cura, la puesta en acto del inconsciente en transferencia produce escritura, ¿cómo pensar esto en relación a la extensión, es decir, al lugar del analista ya no sosteniendo su función, sino en el encuentro con otros, en la institución, ahora como sujeto?

Eso que en la intención, en la práctica clínica, ha quedado fuera de escena, en función de sostener el deseo del analista, ahora reaparece, en otra escena, y pone a trabajar. Con esto digo que el producto, en este caso el escrito, va a estar atravesado por la subjetividad de cada quien.

En el acto de escribir se está como sujeto y eso se transmite en la escritura. Pero no es al deseo del sujeto a lo que apunta esa lectura; sino a la lectura de un deseo inédito, el deseo de analista que ahora debe ser constatado, formalizado puesto en acto en la extensión, ante algunos otros frente a los cuales al analista se autoriza. El analista se lee en su escrito,

y también se da a leer, al hacerlo público. Es por ello que sostenemos la importancia de la escritura en la formación de los analistas.

Aun recuerdo la conmoción que me produjo leer mi nombre en el primer escrito que di a conocer públicamente, en las primeras jornadas de la escuela, allí en los inicios... Eso tan propio ya no lo era tanto. Y ahí ya no se puede volver atrás, algo se transforma y te transforma.

El analista se escribe. Esto se ha dicho hasta el cansancio, pero al dar a conocer a otros su escritura es asumir, también, que hay algo que se escapa, que no puede ser dicho... se encuentra con el límite. No es eso. Y así producimos como un modo de decir "hay analista", uno por uno.

En una escuela de analistas el lugar de la producción escrita adquiere un valor fundamental porque, en tanto la escuela garantiza que un analista surge de su formación, ese "hay analista" se lee en la producción. Como no podemos separar *formación* de *análisis del analista*, el producto escrito habla de tiempos de formación, tiempos que nada tienen que ver con lo cuantificable. Quiero decir con esto que no depende del tiempo que lleva alguien yendo a un analista o de la cantidad de seminarios estudiados, sino de las operaciones que en ese análisis se han ido produciendo, operaciones escriturales que se pueden leer en el discurso y como eso se anuda al trabajo con la teoría y los interrogantes respecto de cómo cada quien sostiene el deseo del analista.